

Paseo bajo el mar.

QUÉ espectáculo me aguardaba en el umbral de las puertas del mar! Yo había creído que descenderíamos en las sábanas de agua iluminadas por la potente luz fría de los faros submarinos del *Vengador*; pero me había engañado totalmente.

El *Vengador* debía tener sus razones (las razones de su capitán) para no señalar su presencia delante de Vigo ni encima ni debajo de la superficie del mar. Sea como fuere, esta circunstancia nos permitió gozar de un paisaje de una delicadeza incomparable *bajo la luz magnífica de la luna*.

Yo hube de pensar necesariamente que debíamos encontrarnos en un fondo muy alto, escogido para esta maniobra de desembarco bajo el agua y, en realidad, podíamos percibir por encima de nuestras cabezas el argentado centelleo de las olas al entrechocarse bajo la luna y su espuma de plata.

Yo había descendido el último. Tras nosotros oímos cerrarse las puertas de hierro y nos volvimos... La escalera había desaparecido. Luego caminamos con bastante rapidez para alejarnos del navío y yo me volví de nuevo. El vientre inmenso del *Vengador* parecía reposar directamente en el fondo del mar... No era así, sin embargo, pues de pronto echó a *rodar* suavemente en sentido opuesto al nuestro. Mi lámpara eléctrica, que proyectaba entonces su claridad en una parte de su base, me permitía descubrir una increíble cantidad de ruedecillas, sobre las que se deslizaba el *Vengador* al lento impulso de sus hélices o de sus turbinas.

Yo contemplé largo rato cómo se sumía delante de mí en el misterio de las aguas con una lentitud que debía tener por objeto evitarnos un peligroso remolino, y me pregunté si sería posible que volviera a verle nunca...

El fin de esta aventura, o mejor dicho, lo que yo juzgaba el fin, me parecía tan prodigioso como su principio, y me hallaba tan estupefacto de haber salido de ella como lo estaba de haberla vivido.

¡Oh! ¡Oh! ¡Reflexiones vanas! ¡Alegria harto pronta! ¡Hay aventuras de las que no se sale nunca!

De pronto sentí que me tocaban en la espalda. Era uno de mis compañeros que me advertía que ya estábamos en marcha. (¿Sería el *midship*?) Yo les seguí. ¡Qué camino de cuento de hadas!

Sin daño alguno hubiéramos podido apagar los largos haces de nuestras lámparas, que re-

corrían crudos triángulos en el elemento líquido, y hubiésemos podido ver aún con bastante claridad para orientar nuestros pasos: tal era la fosforescencia que había aquella noche en el mar y tales los destellos de luna en la espuma de las olas.

Yo no sentía ya miedo. No. Veíame en camino para salvar a Amalia y en camino para la ruta más bella del mundo. Varias veces observé que los compañeros que me precedían se inclinaban para examinar a sus pies algo rosado y brillante a la vez, y luego proseguían su camino.

Esta maniobra acabó por intrigarme.

Y yo también me incliné y miré atentamente con una rodilla en tierra y apoyado en mi pico aquello que habían examinado mis compañeros. ¡Cuál sería mi alegría y mi asombro al reconocer dentro de una enorme caracola una concha rosada de las llamadas de Bahamas, porque se encuentran principalmente en las orillas de esas islas... y algo más allá una concha roja de las llamadas del Cabo. En estos moluscos, tan grandes como la cabeza de un hombre es donde se tallan los camafeos.

Disponíame ya a arrancar la prestigiosa voluta del lecho del mar, en que parecía hallarse incrustada, cuando uno de aquellos señores buzos me hizo soltar la presa y me dió a entender por gestos adecuados que hacía mal en entretenerme en aquella operación prohibida. Y el hombre me mostraba otros moluscos, nácares, haliótides (tan buscados, entre paréntesis, por los campesinos bretones), pero que eran her-

mosos como haliótides de China, con su nácar rosado, irisado o verde, y que no sólo salpicaban el camino, sino que le *jalonaban* con intervalos casi regulares.

Como los guijarros de Pulgarcito en el corazón de la selva profunda, o mejor aún, como las piedras miliares de los antiguos o simplemente nuestros mojones kilométricos, aquellos enormes moluscos habían sido llevados allí e incrustados en el suelo para señalar el camino que debíamos seguir por el fondo de las aguas...

Y así recordé las palabras del doctor: "No tema usted perderse. Nuestros caminos submarinos están bien señalados."

Llevábamos ya media hora caminando por aquella especie de luminosa planicie submarina, en la que se reflejaba la luz de la luna y la argentada espuma de las aguas, cuando súbitamente tuvimos que descender de un modo bastante rápido y brutal.

Allí fué donde nuestros férreos bastones nos fueron de gran utilidad. Dejamos a nuestra izquierda un verdadero bosque de fucos, de algas, que se erguían ante nosotros ofreciendo el aspecto de ramas verticales, estremecidas al menor soplo, es decir, al menor movimiento del agua...

Por último llegamos a una especie de circo de basalto. Por encima de nuestras cabezas irguiéronse rocas amenazadoras como si fueran a desplomarse y aplastarnos. Ya no se percibía la claridad lunar, ni la superficie argentada de las aguas que reflejaba la luz de la noche. Ha-

bíamos descendido lo suficiente para que yo pudiera apreciar una mayor presión del elemento ambiente y una dificultad mayor para movernos... No obstante, conservábamos aún perfecta libertad de movimientos, aunque éstos eran algo pesados. Únicamente me parecía que avanzábamos con más prudencia y circunspección.

Y de pronto, después de haber dado la vuelta a un enorme farallón, nos pusimos a escalarle, hollando paso a paso escalones regulares, tallados en la roca por la mano del hombre, y al borde de los cuales corría una barandilla de hierro a la que nos aferrábamos... hasta llegar a cierto rellano de granito, *¡en donde nos hallamos frente a un ascensor!*

Ciertamente, desde que yo había salido de Madera en circunstancias harto inesperadas, había tenido muchos motivos de asombro; pero a decir verdad, éste no fué el menor... Y sin embargo, si se piensa bien... ¿Qué de extraño tiene ver descender un ascensor al fondo del mar para buscar a unos buzos y sacarles al aire libre?... Esto no es más que un juego para la ciencia y aquel instrumento era la cosa más trivial del mundo. Sin duda...; pero bajo el mar, yo me encontraba como un niño que no ha viajado nunca...

Yo tomé sifio con mis compañeros en la vasta jaula. Las puertas fueron cerradas con cuidado. Uno de nosotros oprimió un botón eléctrico, sobre el cual había inscrito un número (como en los hoteles o en todo inmueble que se respeta) y empezamos a subir lentamente, lo que nos

evitaba las molestias de un cambio brusco de presión.

Las puertas del ascensor eran fuertes vidrieras que nos permitían ver el lado vertical del farallón y el movimiento en espiral de las aguas que desplazábamos.

Dentro del ascensor giraban en torno a nosotros, con alocada rapidez, colorados pececillos iluminados por el resplandor de nuestras linternas, y yo me entretuve en atraparlos como si fueran moscas...

Por el movimiento espasmódico de los hombros de mis compañeros, comprendí que mis gestos infantiles habían desencadenado, bajo la piel de caucho y la esfera de cobre, el regocijo de los buzos. Entonces me reproché llamar la atención de aquel modo y decidí hacerme olvidar en la medida posible, sobre todo ahora que nos acercábamos, a mi parecer, al fin supremo.

Y, sin duda, fué también para recomendarme más discreción en mi modo de comportarme bajo el agua, por lo que uno de ellos, como sin darse cuenta, me aplicó *in continenti* su bastón de hierro en el dedo gordo del pie izquierdo, que siempre lo he tenido particularmente sensible. Yo grité de dolor a mis anchas, persuadido de que nadie podía oirme; pero no lamenté el incidente, seguro de que me las había con el *midship*, que era un buzo al que se le reconocía en aquellos modales, y me felicité de haberle descubierto.